
CAMBIOS POLÍTICOS Y SOCIALES EN EUROPA (IX)

El descontento político en las sociedades informadas de Europa

Un malestar político nervioso recorre a la opinión pública de las democracias occidentales. Y si bien la opinión pública sólo representa «nuestra epidermis social», la superficie de la vida política, es en su ámbito donde se quitan y ponen gobiernos, ventilándose problemas que a veces nos ponen en la pista de conflictos que estarían gestándose en las entrañas del cuerpo social. De aquí el interés por el desasosiego que, pese a nuestras privilegiadas condiciones de vida, venimos padeciendo en las sociedades más avanzadas. El análisis que sigue se centrará en las de la Unión Europea.

Los hechos

«¿Por qué hay tanta gente tan pesimista en tan diferentes países?», se preguntaba en 1993 un prominente analista



Rafael López Pintor

Es catedrático y director del departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido director general del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) entre 1979 y 1983. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de los años 70*, *La opinión pública española del franquismo a la democracia* y de la sección política del *V Informe FOESSA sobre la situación social en España*, de 1994.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a Ciencia, Lenguaje, Arte, Historia, Prensa, Biología, Psicología, Energía, Europa, Literatura, Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles, Teatro español contemporáneo, La música en España, hoy, y La lengua española, hoy. →

norteamericano de la opinión pública, comparando resultados de numerosos estudios en las principales sociedades industriales de Europa, los Estados Unidos, Canadá y Japón. En casi todas las naciones más afortunadas del planeta, por su economía industrial avanzada y su estabilidad democrática, la mayoría de la gente tiene desde hace años una visión negativa de la situación económica del país. Se critica la actuación del gobierno, disminuye la confianza en las instituciones políticas y se extiende la opinión de un deterioro en los estándares morales (E. Ladd, 1993).

Limitándonos a los países de la UE, donde el generalizado descontento tiene ciertas características propias, he aquí algunos datos de situación: la opinión sobre las economías nacionales —en estrecha correlación con los movimientos del ciclo— mejoró en la segunda mitad de los años ochenta para volver a empeorar al final de los ochenta y principios de los noventa.

En el terreno político, la satisfacción con el funcionamiento de la democracia, aunque con grandes diferencias por países, se había mantenido estable hasta finales de los años ochenta en que disminuye casi en todas partes. Las estadísticas sobre evaluación de la coyuntura política y la actuación de los gobiernos son igualmente negativas. En 1993, sólo uno de cada cuatro ciudadanos comunitarios aprobaba la actuación de su gobierno nacional y ligeramente por encima de esta proporción estaban quienes

→ «Cambios políticos y sociales en Europa» es el tema de la serie que se ofrece actualmente, programada con la colaboración del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, organismo que complementa en el campo científico las actividades culturales que desarrolla la Fundación Juan March.

En números anteriores se han publicado ensayos sobre *Hacia una sociedad europea*, por Salvador Giner, director del Instituto de Estudios Sociales Avanzados, del C.S.I.C., y profesor de la Universidad Pompeu Fabra, de Barcelona; *Imaginando futuros para la Comunidad Política Europea*, por Philippe C. Schmitter, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Stanford (Estados Unidos); *La integración europea y la liberalización de la economía española. Lo que queda por hacer*, por Miguel Angel Fernández Ordóñez, ex presidente del Tribunal de Defensa de la Competencia; *Políticas sociales del Estado del bienestar. Entre la continuidad y el cambio*, por Joan Subirats, catedrático de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad Autónoma de Barcelona; *Xenofobia ante la inmigración económica*, por Carlota Solé, catedrática de la Universidad Autónoma de Barcelona; *La política exterior alemana tras la unificación*, por Karl Kaiser, catedrático de Ciencia Política de la Universidad de Bonn (Alemania); *El neoliberalismo en la Europa Occidental: un balance*, por Vincent Wright, fellow del Nuffield College, de Oxford (Inglaterra); y *Las democracias europeas ante el desafío terrorista*, por Fernando Reinares, catedrático «Jean Monnet» de Estudios Europeos de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

EL DESCONTENTO POLÍTICO

aprobaban la acción de la Comunidad Europea (Eurobarómetro). En España, en marzo de 1995, un 75% de la ciudadanía calificaba como mala la situación política frente al 14% que así se pronunciaba en 1990 (Demoscopia—«El País»).

El estado de opinión sobre cuestiones específicas de la integración europea puede resumirse en los siguientes términos: primero, el sector favorable a la integración europea se mantiene desde los años sesenta por encima del 70% de la ciudadanía, con diferencias entre países (menor en el Reino Unido, Francia o Bélgica) y fluctuaciones muy ligadas a los movimientos del ciclo económico y especialmente a la disponibilidad de empleo: en las etapas recesivas y cuando desciende la cantidad de trabajo disponible las actitudes procomunitarias registran significativas bajadas (CEPS, 1994). La mayor bajada se registra con posterioridad a 1990: del 80% de actitudes favorables se pasó al 73% en 1993. El interés político por los asuntos de la Comunidad descendió bruscamente en la segunda mitad de los años ochenta, a pesar del ciclo económico expansivo y, aunque más ligeramente, ha seguido bajando después de 1990. Hay que decir, sin embargo, que la tasa de interés político comunitario en estos últimos años no es inferior a la de interés general por la política, que fundamentalmente se refiere a la política nacional (Eurobarómetro).

En resumen, existe descontento con la economía y con la política, tanto en el ámbito nacional como comunitario. Se trata de estados de opinión que guardan bastante paralelismo entre sí y con las fluctuaciones del ciclo económico. Adicionalmente cabe señalar que las fluctuaciones negativas más recientes de la opinión han tenido lugar en años de importantes acontecimientos políticos en la región europea: la polémica sobre el Tratado de Maastricht, el colapso del Este y la guerra de Bosnia. Hasta aquí la evidencia estadística es concluyente.

Una interpretación y un pronóstico

Políticos y analistas han ofrecido diagnósticos sobre el descontento de las sociedades democráticas avanzadas, identifican-

do diferentes elementos del problema. Debe reconocerse que nunca antes hubo sociedades con *mejores condiciones de vida* que las industriales y democráticas de la segunda mitad del siglo XX. Cabe mencionar cinco ámbitos de la vida donde durante el período 1950-1975 se consolidan cambios cuya extensión y profundidad *no tiene precedentes en la historia humana*: la *prosperidad económica* y el alto nivel de vida generalizado; los índices de *salud y longevidad*, particularmente relevantes para la mujer, que queda biológicamente libre de las peores cargas animales de la maternidad; el acceso masivo a la *educación* media y superior así como a los *medios de comunicación*; la protección generalizada de los *derechos individuales* y la casi eliminación de la actividad asesina en los aparatos del Estado.

En una época de tan beneficiosos cambios, ¿cómo explicar este descontento de las sociedades más prósperas? La principal clave interpretativa debe buscarse en la hipótesis de que el descontento constituye un fenómeno relativo, que se genera en la frustración de comparar lo que se tiene con aquello a lo que se cree tener derecho. Este sentimiento de «privación relativa» suele aparecer cuando se produce un revés en factores que venían evolucionando favorablemente. ¿Qué retrocesos significativos pueden identificarse en los ámbitos económico, cultural o político de las sociedades europeas desarrolladas, que ayuden a explicar la situación de descontento que estamos analizando? En el ámbito económico y del bienestar material, la mayoría de los analistas coinciden en diagnosticar una transformación de largo alcance en el sistema productivo y ocupacional a partir de las crisis del petróleo de los años setenta, acelerada últimamente por el colapso de los países comunistas, la mayor globalización de la economía productiva y financiera, así como de la información. Entre los efectos más onerosos de la nueva economía en las sociedades de Europa Occidental se encuentran las altas tasas de paro estructural; la fragmentación del mercado laboral y del sistema de consumo de masas; las dificultades políticas y técnicas para afrontar el problema del reparto del trabajo, que es y seguirá siendo escaso en sociedades filosóficamente instruidas en el ideal del pleno empleo. En paralelo se produce una «crisis fiscal del

EL DESCONTENTO POLÍTICO

Estado», para los analistas de izquierda, o una «quiebra de la Seguridad Social», para el pensamiento conservador: el hecho de que la financiación del Estado de Bienestar cada vez resulte más problemática, con sus corolarios de aumento del déficit público y de la deuda; superior esta última a la mitad del PIB en todos los países de la Unión Europea. En este contexto, puede decirse que *el paro y el futuro de la Seguridad Social*, como abanderados de una amenazante desestructuración del orden sociopolítico vigente, constituyen los principales nutrientes, a nivel consciente o inconsciente, de la angustia que padecemos los ciudadanos de las sociedades europeas más ricas y democráticas.

El problema de la corrupción

En el ámbito puramente político, destacan dos tipos de contrariedades en un camino que hasta hace quince años se auguraba libre de obstáculos. En el interior de cada país, la palabra es *corrupción*, ligada íntima aunque no exclusivamente a la financiación de los partidos políticos. Casi no hay país de la UE que se libre de ello, salpicando a gobiernos de derecha y de izquierda. El problema afecta a toda la clase política en Estados que controlan más de la mitad del PIB por la vía de un ingente gasto público, que se consume en el curso de un ejercicio presupuestario, reeditándose año tras año. Nunca antes el aparato político de los Estados dispuso de tanto dinero para gastar en tan corto tiempo, mientras los mecanismos de control del gasto siguen siendo los mismos de hace cuarenta años. Dado que la naturaleza humana tampoco ha cambiado, no debería sorprender este crecimiento exponencial de la corrupción; especialmente en una época de «increencia», donde tanto la moral religiosa como las ideologías políticas padecen una notable erosión.

En el orden internacional, para los países desarrollados de Europa ha supuesto una contrariedad de hondo calado el colapso de los países comunistas. En el nivel más profundo, se ha generado un entorno de incertidumbre amenazante para el modelo socioeconómico y político instalado entre nosotros desde la II Gue-

rra Mundial (economía social de mercado y Estado de Bienestar), cuya filosofía y soporte material en gran medida se justificaban por la existencia de la alternativa y el bloque comunista.

En íntima relación con los reveses económicos y políticos mencionados, las discusiones sobre el Tratado de Maastricht reflejan y alimentan la ansiedad e incertidumbre respecto de la integración europea. Iniciado en los años cincuenta con los tratados de París y Roma, el proyecto europeo ha ido profundizando en contenido y abriéndose a nuevos socios hasta su actual crisis, materializada en torno a Maastricht. El mejor indicador de la actual crisis de identidad comunitaria tal vez sea la distancia estratégica existente entre el objetivo de unión monetaria para 1997 del Tratado de Maastricht y el de ampliación de la Unión a unos 30 países, cuya instrumentación podría ser discutida en 1996. Hasta aquí los elementos de frustración y descontento, originados en situaciones de privación, que son objetivas aunque siempre relativas: después de haber mejorado, se pierde algo de lo conseguido. Tal es la dinámica psicosociológica de la frustración. En el plano más ancho del devenir histórico, podría pensarse que estamos ante una crisis de crecimiento o maduración, de tránsito hacia un estadio de mayor complejidad societal; al igual que sucediera durante la segunda mitad del siglo XIX bajo el impacto de la industrialización y la primera democratización. Temas predilectos de la entonces naciente Sociología fueron la anomia y la movilización colectiva. Podría encontrarse un cierto paralelo histórico con la actual crisis de la sociedad postindustrial y de la información.

El papel de los medios

En relación con el *papel de los medios de comunicación* en el origen y evolución del descontento, conviene no correr el riesgo de asignarles la máxima responsabilidad sobre el problema ni de minimizar sus efectos. He aquí algunos datos de situación. En las sociedades avanzadas, la práctica totalidad de los hogares disponen de televisión y radio. Las audiencias, sobre todo de TV,

EL DESCONTENTO POLÍTICO

son masivas: casi todo el mundo ve la TV en algún momento a lo largo del día; la media de exposición diaria por persona es de 3 horas y 20 minutos en España e Italia, 2 horas y 45 minutos en Francia, 2 horas y media en Alemania o Dinamarca (European Broadcasting Union, 1994). La prensa diaria tiene audiencias que superan el 50% de la población en Alemania (63%) o el Reino Unido (55%), aunque no lo alcanzan en Italia (42%) ni mucho menos en España (37%). Entre nosotros, la lectura de prensa diaria registró un aumento significativo en los últimos cinco años, pero sigue estando muy por debajo de la media comunitaria: por cada 100 lectores de periódicos en España hay 232 en el conjunto de la Unión Europea; 400 en Alemania ó 350 en el Reino Unido (European Broadcasting Union, 1994).

Para calibrar la importancia de los medios en relación con el descontento, no deben perderse de vista dos características del fenómeno. En primer lugar, el descontento tiene un *componente coyuntural* muy grande. Por tratarse en parte de un fenómeno de opinión pública, aumenta y disminuye, sobre todo a tenor del ciclo económico. En segundo lugar, aunque hunda sus raíces en profundidades imposibles de sondear, el descontento posee un *componente superficial* de grosor variable, según la coyuntura, y donde se ventilan los problemas de opinión y los vaivenes electorales. Claves visibles de esta realidad se nos ofrecen, por ejemplo, en el alto grado de satisfacción individual con la vida, casi invariable desde los años setenta y, por tanto, independiente de las fluctuaciones del descontento con la economía o la política; o el descontento siempre mucho menos intenso respecto de la economía familiar que de la nacional.

En lo que el descontento tiene de fenómeno de opinión es donde los medios producen su mayor efecto. Ante todo, los medios fijan «el orden del día», los temas de los que se puede hablar. Si no nos contasen las cosas que pasan, las desconoceríamos en su mayor parte, no hablaríamos ni nos preocuparíamos de ellas; ¿cómo podríamos hablar de la situación económica nacional o de la situación internacional, por ejemplo? Adicionalmente, los medios legitiman el discurso público sobre cuestiones de las que antes no nos atrevíamos a hablar, por más que tuviésemos al-

gunos elementos de información; piénsese, por ejemplo, en algunos problemas de moral familiar o en la corrupción del Gobierno. Por último, los medios ayudan a articular corrientes de opinión; elaborando perfiles de héroes y villanos, causas nobles y mezquinas, alternativas progresistas y reaccionarias, etc. En suma, facilitan una agenda para el discurso social, ayudan a romper «espirales de silencio» y marcan alternativas de valor (Noelle-Neumann, 1980). Es así como los medios de comunicación influyen en la formación y desarrollo de estados de opinión pública, «nuestra epidermis social», con mayor rapidez y también volatilidad que nunca.

El síndrome de la opinión

La influencia de los medios resulta particularmente visible e injustamente criticada en relación con un fenómeno, que podría calificarse como *el síndrome ciclotímico de la opinión*. Se ha detectado en estos años que la opinión pública transita bruscamente entre estados de optimismo y pesimismo, entusiasmo y decepción. Los vaivenes resultan muy dramáticos en la popularidad de los gobernantes, como bien ilustra el caso de los dos últimos presidentes americanos o del presidente francés Mitterrand. La dinámica psicosociológica del fenómeno es la siguiente: por una parte, los grandes cambios sociales hacen que la sociedad se encuentre bastante desorientada e insegura: anomia en sus dos dimensiones de falta de normas y sentido de impotencia. Por otra, habitamos en la «aldea global», permanentemente expuestos a un sinfín de informaciones de todo tipo. En la lógica de los medios está explotar el carácter noticioso de la información, enfatizando lo excepcional, lo que interpela con fuerza a los sentidos. El cruce de estas dos situaciones —déficit normativo y exposición masiva al sensacionalismo de los medios— alimenta un síndrome ciclotímico, que genera, a su vez, frustración social.

Imaginando evoluciones de futuro, la Psicología y la Historia nos avisan de la fuerte relación existente entre estados de frustración y actos de agresividad. En el ámbito político, la agre-

sividad adopta formas que van desde la abstención electoral, la protesta y los cambios súbitos de mayoría hasta las revueltas, el conflicto civil y las revoluciones. ¿Qué efectos agresivos podría tener el actual descontento de nuestras sociedades? Dado que la frustración se manifiesta desde hace años, tal vez lo más sensato fuera localizar algunos efectos ya visibles en el presente. Sólo cabe aquí mencionarlos: el desencanto con los partidos políticos y los sindicatos, ambos en las cotas más bajas de popularidad entre las instituciones públicas; el auge de las ONGs y su reto a la eficiencia de la acción del Estado; las manifestaciones de xenofobia contra trabajadores inmigrantes, que a veces llevan décadas residiendo en el país, incluyendo episodios sangrientos en países tan diferentes como el Reino Unido, Francia, Bélgica, Alemania, Italia o España; el ascenso electoral de partidos neofascistas o neonazis en países como Alemania, Austria, Francia o Italia; la creciente extensión del «voto volátil», independiente de tradicionales vinculaciones de clase y que con frecuencia decide los cambios de mayoría.

¿Existen remedios?

De cara al futuro, cabría esperar «más de lo mismo» en la medida en que persistan los elementos de frustración en que se originan acciones de rebeldía y agresividad como las que se acaban de mencionar. Por el contrario, de removerse el curso de estas corrientes destructivas por mejoras sustanciales en la economía, la acción gubernamental, la participación ciudadana y la concertación social, podremos asistir a un alivio de la tensión.

Si el diagnóstico de que atravesamos una «crisis de crecimiento» societal y político es correcto, las aportaciones conscientes para una salida históricamente constructiva de la crisis deberían dirigirse a cubrir el déficit normativo (*anomia* en la cultura) y de identidad política (*acción colectiva*). Antes se ha dicho que el descontento tiene un componente coyuntural, de sube y baja, y superficial en la medida en que es percibido como un movimiento epidérmico de la opinión pública. En ese plano de la

realidad social, las evoluciones favorables del ciclo económico y la acción correctiva de los gobiernos pueden ayudar a superarlo. Sin embargo, en la medida en que el descontento manifiesto involucra frustraciones no coyunturales, la sociedad debe buscar salidas constructivas a largo plazo. El riesgo a evitar es que las políticas coyunturales de los gobiernos, o la UE, o la acción concertada de los grandes agentes sociales, resulten desestructurantes de objetivos y proyectos de más largo alcance. A veces, sin una visión global, las acciones de la coyuntura destruyen elementos valiosos a más largo plazo, cuya reconstrucción puede resultar especialmente costosa o improbable. En la ingeniería humana –económica, psicosocial y política– conviene ser sensible al valor de lo ya conseguido. Es lo que los expertos de la Unión Europea denominan *l'acquis communautaire*, el activo acumulado durante cuarenta años de afrontar problemas, muchas veces inanticipables, dentro de un marco institucional que nunca se da por cerrado.

Referencias

- CEPS, Centre for European Policy Studies, *Proceedings* de la Conferencia sobre *Opinión Pública y el Futuro de Europa* (Bruselas, noviembre 1994).
- Comisión Europea, Célula de Prospectiva, «Note de Dossier» (Bruselas, 1994).
- Demoscopia, diversas encuestas-barómetro trimestrales publicadas en el periódico «El País».
- EUROBARÓMETRO, *La Opinión Pública en la Unión Europea. Tendencias 1974-1993* (Bruselas, 1994).
- European Broadcasting Union, boletines EGTA de distintos meses de 1994.
- Everett C. Ladd, «Why are so many people so pessimistic in so many different countries?», *The Public Perspective. A Roper Center Review of Public Opinion and Polling* (marzo-abril 1993).
- Rafael López Pintor, «El voto en las sociedades industriales. Recapitulación a fin de siglo sobre la expresión electoral del conflicto y la integración social», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, nº 7 (diciembre 1990), pp.117-135.
- Elisabeth Noelle-Neumann, *The Spiral of Silence. Public Opinion-Our Social Skin* (Universidad de Chicago, 1980). □